

DISCURSO IV.

ESPERANZA.

Mihi autem bonum est ponere in Deo spem meam.

Yo hallo mi bien en poner en Dios mi esperanza. (SALM. LXXII, 28.)

Aun cuando nuestra condicion fuese la más miserable de todas, con elevar el espíritu á Dios y alentados por la esperanza, léjos de abatirnos, tendríamos motivos para consolarnos y confiar, pues, segun dicen los sagrados Libros, Dios es siempre el Príncipe de la clemencia, el Autor de todo consuelo, misericordioso para con toda carne, y superior en obras de bondad á las obras excelsas de su omnipotencia. Así, pues, al tomar á su cuidado el enjugar nuestro llanto, nos asegura que conoce el barro de que fuimos formados, y que no ignora nuestros males; y por eso mismo promete que será benigno para con aquellos que en Él esperan, acudiendo presuroso á mejorar la situación de los atribulados. Testigo Job, quien, por haber puesto toda su esperanza en Dios en medio de la inmensa tribulacion que le oprimía, se vió libre de aquellas desventuras, y recibió doblados bienes de los que ántes poseía. Testigo David, á quien perseguía un ejército de malvados, y le habían tendido mortales lazos; por haber esperado en Dios, viose libre de peligros y de angustias, y puesto en salvo. Lo mismo sucedió á otros muchos, que hechos juguete de la adversa fortuna, colocaron en Dios su esperanza.

Pero, dejando por ahora á un lado cuanto podría decirse respecto de la virtud de la esperanza, me concretaré solamente á la Santísima Virgen. En verdad, que ninguna autoridad más convincente, ninguna prueba más espléndida para poner esta virtud en la mayor claridad que el nobilísimo ejemplo de María. Siendo así, amados hermanos, vosotros que os reunís con tanta frecuencia en este sagrado templo,

me permitireis que, siguiendo las huellas de los sublimes hechos de María, os enseñe el verdadero modo de esperar en Dios. Si hablando de esta virtud lograse yo enardecer en vuestros corazones el deseo de imitarla, todos saldremos gananciosos; yo de haberme ocupado de ella, y vosotros de haberme escuchado con vuestra acostumbrada atención. Saludemos ántes á María con las palabras del Arcángel: A. M.

La esperanza, virtud teologal, es un dón sobrenatural que inclina nuestra voluntad y la fortalece á esperar confiadamente de Dios la vida eterna y los medios necesarios para alcanzarla. La llamo virtud teologal, porque se refiere inmediatamente á Dios, objeto de nuestra beatitud, cuyo poder, cuya misericordia y cuya fidelidad en las promesas hechas no disminuyen nunca. Y la llamo dón sobrenatural, porque el hábito de la esperanza se nos infunde en el bautismo juntamente con el de la fé y de la caridad, aunque para la salvacion deba ser actual en los adultos. Finalmente, digo: que inclina nuestra voluntad á esperar confiadamente de Dios la vida eterna y los medios necesarios para conseguirla, porque el objeto primario y principal de la esperanza es la gloria del Paraíso; y el objeto secundario está en la certidumbre, de que el Señor nos dará fuerza para evitar el pecado, resistir á las tentaciones, cumplir su ley, levantarnos de las caídas; todos los auxilios necesarios para no perecer entre las garras del infernal dragon; todos los socorros oportunos para salvarnos, y todos los bienes espirituales que conducen á la gloria eterna. De ahí se sigue, en primer lugar, que grandes y pequeños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, podemos y debemos aspirar á la sublime dignidad de los bienaventurados del Cielo, asegurándonos la esperanza que aquel reino está tambien preparado para nosotros, y que será verdaderamente nuestro si por culpa ó malicia no queremos privarnos de él. En segundo lugar se sigue, que el Paraíso no deben esperar tan solo aquellos que guardaron siempre intacta la inocencia bautismal, sinó igualmente los pecadores; los cuales, haciendo cuanto esté de su parte para volver al buen sendero, lograrán sentarse en los sáculos celestiales, del propio modo que un Pedro, un Pablo, una Magdalena, una María Egipciaca, una Margarita de Cortona, un Agustin, y otros innumerables, que en otro tiempo fueron grandes pecadores. Se sigue, por último, que esta esperanza es muy diversa de aquella que suele ponerse en los hijos de los hombres, y que, segun Salomon, es la cosa más vana.

Tambien el mundo tiene su esperanza; pero, ¿qué diferencia entre la esperanza mundana y la divina? La mundana, bella y meliflua á primera vista, engaña con frecuencia; la divina, todavía más bella y seductora, nunca engaña. La una se apoya sobre una frágil caña, con la cual uno no puede ménos de desgarrarse las manos; la otra, sobre elevado monte, que permanece inmóvil en medio de las más horrosas borrascas. La primera es como un metéoro, que nos deslumbra, y que presto se extingue; la segunda es como la columna de fuego, que guiando al pueblo hebreo por las sendas del desierto, no lo abandonó hasta que estuvo á la vista de la tierra prometida. Por esto los hombres reflexivos, dejando la esperanza mundana, en la cual solo hallan penetrantes espinas entre fragantes rosas, acuden con ánimo confiado á la divina. En efecto, ésta fué la virtud de aquellos que al presente reciben en los altares los honores debidos á la santidad. Rodeados de inminentes peligros, oprimidos por graves necesidades, y atormentados por terribles tentaciones, subieron al Cielo, porque en el tiempo de la tribulación se acogieron con inquebrantable esperanza al asilo del Altísimo.

Entre las almas que se distinguieron por la virtud de la esperanza, se eleva sublimemente María.

La esperanza es hija de la fé. De esta última virtud, por medio de la cual oímos los amorosos consuelos de la suma y soberana bondad de Dios, maravillosa en el orden de la naturaleza, y mucho más maravillosa en las obras de la gracia, deriva la confianza en su clemencia, la certeza de su perdon y la filial seguridad para arrojarnos en los brazos de la misericordia. Sobre la fé, que nos asegura ser Dios fiel en sus promesas, se funda la confianza de hallarse en completa seguridad; habiendo Dios declarado, que infundirá fuerza al desvalido y dará salud al enfermo, pues nos ha formado á su imágen y semejanza; y por esto estrecha á cuantos arrepentidos acuden á Él. En una palabra; mediante la fé, la cual, por una parte, descubre nuestra miseria é indignidad, y por otra, la misericordia de Dios, se adquiere la convicción de poder conseguir nuestro último fin; convicción fundada, no sobre nuestras débiles fuerzas, ni sobre nuestros méritos, sinó sobre la benéfica voluntad y los amorosos designios del mismo Dios. Esto afirmaba el Apóstol, al definir á la fé fundamento ó firme persuasion de las cosas que se esperan (1); así lo comprendía el Doctor Angélico, cuando al comentar las citadas palabras decía,

(1) HEBR. XI, 1.

que la fé no se llama *sustancia*, como si fuese un sér subsistente, sinó por ser el fundamento y el primer principio de toda la vida espiritual (1). Siendo pues la esperanza hija de la fé, está claro que una fé eminente y sólida suscita en los ánimos una esperanza sólida y eminente. Y la tuvo en tal alto grado la Santísima Virgen que, según piadosamente creen los escritores eclesiásticos, repetía continuamente con David que: toda su felicidad consistía en estar unida á Dios y poner en Él una ilimitada confianza (2).

Además, los motivos en que se apoya la virtud de la esperanza demuestran, que esta virtud fué singularísima en la Santísima Virgen sobre toda ponderacion. Nos induce á esperar la bondad de Dios; y sabiendo que Dios nos amó desde la eternidad (3), que desde entónces nos convirtió en centro de sus bendiciones, que desea nuestra felicidad más sinceramente que nosotros mismos; en esta bondad inefable, ante la cual se oscurecen los más refulgentes resplandores de los Angeles y de los Santos, estamos seguros de obtener lo que esperamos santamente. Nos induce á esperar la palabra de Dios; y puesto que el Señor dice claramente en las Escrituras, que es nuestra defensa en la tierra (4) y nuestra beatitud en el Cielo (5), sabiendo que en Él no es posible la ficcion, la impotencia ni la inconstancia; que quiere cuanto dice, y puede todo lo que quiere; que tanto como es exactísimo en prometer, es igualmente fidelísimo en mantener sus promesas, á las cuales no podría faltar sin faltarse á sí mismo (6); no tenemos motivo alguno para dudar, de que seremos piadosamente atendidos si esperamos, conforme es su voluntad que esperemos. Nos induce á esperar la benéfica voluntad de Dios; y como que este Dios nos dió á su mismo Hijo Unigénito para que satisficiera por nuestras culpas, é innumerables veces sació al hambriento, vistió al desnudo, abrió los ojos á los ciegos, dió oído á los sordos, habla á los mudos; levantó al caído, defendió al huérfano y la viuda, fué escudo de los justos; en estos y otros muchísimos hechos tenemos más que suficientes motivos para abandonarnos sin la menor desconfianza en su generosa benignidad. Nos induce á esperar la abundancia de los méritos de Jesucristo, que habiendo comprado á gran precio la feli-

(1) S. THOM. OPUS.

(2) PSALM LXXII, 28.

(3) JER. XXXI, 3.

(4) ISAÍAS, XXXV, 4.

(5) GEN. XV, 1.

(6) HEBR. VI, 18.

ciudad del Cielo y las gracias necesarias para llegar á poseerla, nos comunica sus méritos, que son el fundamento más inmediato y el riquísimo capital de nuestra esperanza (1). Ahora bien; ¿quién, en todas las órdenes de los Patriarcas y de los Profetas, de los Apóstoles y de los Mártires, de los Confesores y de las Virgenes, en el conocimiento de la bondad de Dios, de la palabra de Dios, de la benéfica voluntad de Dios y de su misericordia que nos manifestó por medio de Jesucristo; quién, repito, puede, no digo igualarse, ni tampoco compararse con María? Ninguno, hermanos míos, porque solo María estuvo tan próxima á este Dios, que no obstante de ser Ella una criatura, llegó á ser Madre del Criador. Así pues, ya que la virtud de la esperanza se apoya en la bondad, en la palabra, en la benéfica voluntad y misericordia de Dios, se sigue, de legítima consecuencia, que es mayor ó menor segun que sea mayor ó menor el conocimiento de los motivos en que se apoya; y como que el conocimiento de estos motivos fué superior en María al de todas las demás criaturas, se sigue tambien de legítima consecuencia, que su esperanza debía ser superior á la de todos los hombres.

Y en efecto, lo fué. A María simbolizaba la esposa de los Cantares, que subía del desierto rebotando en delicias, apoyada en su Amado (2). Consideraba al mundo como un árido desierto, sembrado de abrojos y espinas; y se elevaba sobre este desierto como paloma sin tocar el lodo en lo más mínimo. Llevada en alas de su deseo todo divino, colocaba su confianza, más bien que en sus méritos, en la benignidad del Autor de la gracia; y apoyada en Él con tierna y respetuosa confianza, dejase ver fresca y lozana como la vara de Arón, mientras que las otras yacían secas. Sostenida por tanto patrocinio, bendita entre todas las mujeres, purísima entre todas las vírgenes y glorificada entre todas las madres, reunió en sí, segun la mística expresión de la Iglesia, cuanto hay de precioso en la flor del Carmelo, en la azucena del valle, en el cedro del Líbano, en el ciprés de Sión, en la palma de Cades, en el hermoso olivo del campo, en el plátano junto al agua, en la mirra escogida y en el fragante cinamomo. De esta suerte, María, verdadera esposa de los Cantares, subió del desierto; y fué precisamente la esperanza la que la impelió á subir á tanta altura. Mostrándole la esperanza lo que es temporal y lo que es eterno, la invitó á no cuidarse para nada de lo perecedero, y á estimar tan

(1) I.^o TIM. I, 1.

(2) CANT. VIII, 5.

solo lo imperecedero. La esperanza, enseñándole la diferencia que existe entre la confianza puesta en el hombre flaco y miserable, y la puesta en Dios fiel y poderosísimo, la indujo á colocarla, no en los hombres, cuyos ofrecimientos son vanas palabras, sino en Dios, que juró cubrirnos y verdaderamente nos cubre con el manto de su protección. Revelándole la esperanza los preciosos bienes que obtiene el alma que se mantiene constantemente unida al que es sabiduría infinita, infinito poder, y amor infinito, la enferverizó de suerte, que se mantuvo constantemente unida á Dios.

¿Y cuántas veces no nos dió María pruebas clarísimas de su profunda é inalterable esperanza en Dios? ¿En cuántas ocasiones no nos ofreció luminosísimos ejemplos de esta virtud? Podría demostraros, amados hermanos, refiriendo todos los años, todos los días y todos los instantes de su vida, que la pasó por completo esperando firmemente en Dios. El espectáculo sería sin duda magestuosísimo; ni podríais desear más copia de pruebas, puesto que se multiplicarían hasta el infinito. Pero, como si quisiera yo recorrer en toda su extensión el vastísimo campo que se ofrece á mis ojos, no me sería posible, atendido el breve espacio de tiempo de que puedo disponer; y aunque fuese posible, resultaría mi discurso largo y pesado: me limitaré á decir unicamente cuanto sea necesario para la completa demostración del tema propuesto.

A su vuelta de Hebrón á Nazareth el justo esposo José advierte, que Ella está en cinta. Ignorando de todo punto el mensaje del Arcángel, las maravillas que el Altísimo había obrado en Ella, la excelsa dignidad á que había sido elevada, permanece perplejo é intranquilo. No puede dudar del inmaculado candor de Aquella que se desposó con él, mediante el mútuo consentimiento de constante virginidad; mas, no sabe explicar su nuevo estado. Bajo ningun concepto puede dudar de la irreprochable conducta de su esposa, y á pesar de todo, parece que la misma situación deponga contra Ella, y que la condene el mismo silencio en que se ha encerrado. Con el ánimo vacilante agitado por una tempestad de pensamientos, con el corazón indeciso á todo consejo en circunstancias tan difíciles, con la mente indecisa para resolver en trance tan apurado, sin admitir la más mínima sospecha injuriosa contra la Virgen, sin manifestar en su rostro la menor señal de tristeza, y sin usurparse el juicio en un hecho, que no llega á comprender, resuelve alejarse. No obstante, María, que advierte la ansiedad de José, y que no puede menos de adivinar el motivo, y que con una sola palabra podría devolverle la tranquili-

dad, calla; ni el sincero afecto que por él alimenta, ni el deseo tan natural de la propia justificación, ni los desagradables inconvenientes que le resultarían de verse abandonada, le parecen motivos suficientes para descubrir al esposo el misterio que el Espíritu Santo había obrado en Ella. Calla, y se abandona á la voluntad de Dios, confiando con toda seguridad, que Él cuidará de su fama. Y así fué, en efecto, puesto que Dios envió un Ángel para anunciar á José quien era su esposa.

En otra ocasion se publicó un edicto de César Augusto, que, orgulloso por la multitud de los pueblos sometidos á su dominio, quiso hacer un padron general de todos sus súbditos, y, por consiguiente, la Virgen debió ponerse en camino. Siguiendo los Judíos la antigua costumbre de empadronarse por familias y por tribus, y tocando á los descendientes de David hacerlo en Belén, por haber nacido dicho rey en esa ciudad, María, que descendía precisamente de la noble estirpe de David, se dirigió hacia Belén. Hizo un viaje largo, y exponiéndose á la inclemencia del tiempo y á lo agreste de los caminos; tuvo que sufrir todas las fatigas inherentes á un viaje semejante, lo riguroso de la estacion y una extrema pobreza; llevando por toda provision, segun dicen acreditados escritores, alguna fruta y un poco de cebada. Llegado que hubo á dicha ciudad, situada sobre una colina, rodeada de viñas y de olivares, se encontró peor que en los montes de la Judea, puesto que no halló allí deudos, ni amigos, ni nadie que, conociendo su ilustre prosapia, le ofreciera conveniente hospedaje. Pobre, despojada de todo humano esplendor, rechazada de todo el mundo, á pesar de los miramientos que su estado reclamaba, no consiguiendo el más humilde alojamiento, ni aún en las posadas públicas, no le quedó otro recurso que ir á pasar la noche fuera de la ciudad en un pesebre. Con todo, faltada de alimentos, sin consuelos, sin auxilio, sin un pequeño lecho ni cuna donde recostar al tierno Niño, señor de Cielo y tierra, no dejó de confiar vivamente en Dios. Y Dios hizo que coros de Ángeles descendiesen á iluminar la oscuridad del pesebre, y que pastores de los vecinos montes y reyes del Oriente acudiesen á venerar al venido Mesías, esperado por Jacob y prometido por los Profetas.

Si el Apóstol alaba á Abraham por haber esperado contra la esperanza (1), esto es, por haber esperado de Dios cosas, que, segun todas las humanas apariencias, parecían imposibles, infinitamente

(1) ROM. IV, 18.

más merece ser alabada María por haber esperado cosas, inmensamente más imposibles á la humana comprension, que las que esperó Abraham, á saber: la Encarnacion en Ella del Hijo de Dios, y la prodigiosa union sin ejemplo precedente ni subsiguiente de la maternidad sin detrimento de la virginidad. Así, pues, Dios la llama muy bien su Beldad (1); sí: es la Beldad de Dios por su esperanza, puesto que habiendo colocado en Él toda su confianza, esperó con toda seguridad que se cumplirían en Ella todos los vaticinios del Arcángel. ¡Oh confianza digna de profundísima admiracion! ¡Oh esperanza capaz de conmovernos y llenarnos de estupor y de maravilla! Salve ¡oh María! que por esta virtud fuiste por el Altísimo bendita entre todas las mujeres, bendita por el Criador de Cielo y tierra! En adelante saldrán de Ti ríos de aguas vivas, mitad de las cuales correrán hácia el Oriente y hácia el Occidente la otra mitad: de aquí en adelante, de la aurora al ocaso, y del septentrion al medio día, los pueblos acudirán á tus altares para venerarte como palomas llevadas del deseo á sus nidos. ¡Ah! tu nombre es tan grande, que siempre sonará melifluo en los lábios de los hombres: te aclamarán siempre muchedumbres de devotos, siempre te seguirán pueblos enteros de hijos.

Todo el mundo está lleno de esperanzas; pero, mientras que unos esperan una cosa, y aquellos otra, casi nadie, ó pocos, piensan en Dios, en los bienes celestiales, y en la gloria del Paraíso. No es esto imitar á la Santísima Virgen en la virtud de la esperanza. Es necesario persuadirse, de que todos nuestros deseos de mejorar la propia condicion, de conservar la salud, ó de cuanto pertenece á la vida presente, si no se refieren al último fin, ó á la posesion de Dios, son otras tantas ofensas inferidas á la esperanza, ya que esta virtud no tiene por objeto primordial más que á Dios, y á cuanto puede servirnos de medio y de auxilio para alcanzarlo. No os inquieteis, decía á este propósito Jesucristo, por lo que mira á vuestra comida, á vuestro vestido y á vuestro sostén; ni os angustieis diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué cubriremos nuestra desnudez? Estas palabras, apenas tolerables en boca de un pagano, que no cree en Dios, no excusan de ninguna manera á un cristiano. Nuestro Padre celestial conoce muy bien nuestras necesidades, nada ignora de cuanto conviene á cada uno de nosotros. Busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas se nos darán por añadidura (2).

(1) CANT. II, 13.

(2) MATTH. VI, 33.

Así, pues, elevemos nuestros ojos al Cielo, y hagamos todo lo posible por seguir las huellas de la Santísima Virgen; fortalezcámonos en aquella esperanza, que siendo un dón sobrenatural y divino, eleva la voluntad y la inclina á esperar de Dios con confianza la vida eterna y los medios para alcanzarla. De esta suerte tendremos valor y fuerza para superar todas las dificultades que se interpongan en el camino de la salvacion, y más bien que sentirnos débiles, cobraremos fuerza para practicar obras buenas, y seremos consolados y protegidos por la divina misericordia (1). No; nada hay más grato á Dios que arrojar en su corazon todos nuestros afanes; nada hay más saludable para nosotros que esperar de Dios toda suerte de gracias. Por eso dice el Ecclesiastés, que no quedará confundido ninguno de los que esperen en el Señor (2); por eso San Pablo habla de la grande recompensa reservada á aquellos que esperan en el Señor (3). Esta recompensa puede servirnos de consuelo en medio de las mismas tribulaciones, porque si la esperanza de una buena cosecha sostiene al labrador, despues de indecibles fatigas y congojas; si la esperanza en las ganancias anima al comerciante; si la esperanza de la victoria infunde valor al soldado en lo más rudo del combate; la esperanza del Paraíso, y la confianza en el auxilio y en la proteccion de Dios, debe animarnos muchísimo más para sobrellevar las angustias de la vida presente en vista del galardón que nos espera, repitiendo con San Francisco de Asis: Es de tal magnitud el premio que yo espero, que me regocijo en los padecimientos.

(1) PSALM. XXXI, 10.

(2) ECCL. II, 11

(3) COLOSS. I, 5.

DISCURSO V.

AMOR DE DIOS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon. (DEUT. VI, 5.)

Mueve á indignacion y al mismo tiempo á lástima el deplorable abuso que muchísimas personas hacen del corazon. Colocado por Dios en nuestro pecho para que fuese templo y sacrario de su amor, se degrada hasta el extremo de convertirlo en depósito y sentina de bajas pasiones; habiéndonos dado para que dirigiese sus afectos á la virtud, en vez de aspirar á lo que es noble y santo, aspira á lo ignominioso y degradante. Ni las aguas del bautismo que lo limpiaron de la mancha original, ni los cuidados empleados para refrenar sus primeros movimientos, ni las diligencias practicadas para enderezar los primeros impulsos, sirven, las más de las veces, cuando está engolfado en los vicios, para abrasarle en el amor de Dios. Sucede con este corazon lo que sucedió con el antiguo Templo de Jerusalén. Cuando se quiso descubrir el fuego de este Templo, no se halló combustible alguno capaz de alimentarlo, sinó agua cenagosa (1); así tambien, cuando uno procede al exámen de este corazon, no le halla adornado de santos afectos, sinó lleno de hez y podredumbre de todo inmundo desórden.

Empero, de la misma manera que el agua sucia y cenagosa expuesta á los rayos del sol, se convirtió en ardiente y voracísima llama (2); creo yo, que existe un medio poderoso para transformar los corazones indiferentes ó pervertidos, en corazones ardientes y abrasados de amor divino. Este medio es el ejemplo de María. Siem-

(1) II. MACH. I, 20.

(2) II. MACH. I, 22.